

CUAUHTÉMOC, UN PERSONAJE RELEVANTE

EN LA LITERATURA MEXICANA

DEL SIGLO XIX

Margarita Alegría de la Colina*

Me interesa hacer aquí una revisión de la presencia de Cuauhtémoc en la literatura del siglo XIX mexicano que aunque considero significativa, sin duda será parcial. Voy a referirme a tres obras: Una de Gertrudis Gómez de Avellaneda, otra de Eduardo del Valle, con alusión al prólogo que a esta escribiera Ignacio Manuel Altamirano, y una última de Ignacio Rodríguez Galván, misma que me detendré a analizar un poco más a fondo.

Ubicaré esta exploración en el contexto de la construcción del nacionalismo, ya que la revaloración del elemento indígena y el repudio a La Conquista son dos de los temas del patriotismo criollo que le dan sustento, según lo ha analizado David Brading¹.

Una nación se construye en torno a paradigmas de identidad. Amílcar Cabral, intelectual y revolucionario africano², habla de identidad original en la que el elemento biológico es el principal, e identidad actual que se basa en el elemento sociológico. Considera este autor la cultura como síntesis entre

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

¹ V. *Orígenes del nacionalismo mexicano*, 2ª ed., México, Era, 1988 (Problemas de México).

² V. Hilda Varela Barraza, *Cultura y resistencia cultural: una lectura política*, México, El caballito, SEP/Dirección General de Publicaciones (Biblioteca pedagógica).

la realidad material y espiritual de la sociedad; en ese contexto se entremezclan ambos tipos de identidad.

La de los pobladores del territorio mexicano después de La Conquista, sufrió modificaciones como producto de un proceso necesario de aculturación de indígenas, hispanos y otras etnias, en el camino de cohesionarse como mexicanos en torno a los elementos identitarios que se iban conformando.

Lo cierto es que los grupos indígenas se mantenían cerrados y luchaban por conservar su ideología y costumbres; así fueron quedando marginados, identificados entre sí, pero distintos al resto de la sociedad. Los intelectuales que expresaban sus ideas, predominantemente en moldes extranjeros, eran criollos, mestizos o indígenas asimilados a la cultura occidental; así, al construirse una identidad “mexicana” y dada la naturaleza dialéctica que Cabral reconoció en esta categoría, a la vez se aglutinaba y se distinguía.

Al trabajar en el amasijo que le daría sentido a la cultura oficial mexicana, los intelectuales del siglo XIX integraron el elemento indígena incorporándolo como folclore, en busca de que las clases sociales marginadas se identificaran con él; pero también en un empeño por que se revalorara una cultura que fue agredida por los españoles conquistadores, y cuya destrucción justificaba la expulsión de los mismos³. La intención de revitalizar la cultura indígena llevó incluso a Fray Servando Teresa de Mier y Carlos María Bustamante, a intentar rebautizar al país como Anáhuac.

En ese contexto, entonces, tener un héroe indígena en el siglo XIX era importante para conseguir la identificación de

³ Brading incluye en su obra citada un análisis de esta cuestión desde los planteamientos de Lorenzo Boturini quien afirmaba que podía demostrar la identificación de Santo Tomás con Quetzalcóatl abriendo así el camino para la aceptación total del pasado indio como parte de la antigüedad mexicana, hasta el *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana* de Carlos María Bustamante para quien los insurgentes, herederos de Cuauhtémoc, luchaban por liberar a la nación mexicana de las cadenas de la conquista, y que signó la línea histórica indigenista.

los pertenecientes a esta etnia como mexicanos, para mostrar el repudio por La Conquista, y para justificar la expulsión de los españoles ¿Qué personaje de la prosapia mexicana merecía tal galardón? Sin duda, Cuauhtémoc.

¿Por qué Moctezuma no consiguió la misma atención que el último tlatoani azteca a lo largo del siglo XIX, si el primero había sido elegido de entre 80 o 100 miembros del clan fundado por Acamapichtli que hubieran podido ser electos⁴, y había ejercido un gobierno ejemplar calificado por Pablo Moctezuma como meritocracia, prolijo en obras de carácter social?

A Moctezuma le tocó en suerte estar al frente de la gran Tenochtitlan a la llegada de los españoles, y haber sido quien enfrentó ese choque inesperado con seres llegados de otro mundo, con aspecto, prácticas y armas que los prehispánicos quizás no habían soñado ni en sus peores pesadillas. Todos esos méritos palidecieron debido a su actitud cortés y concesiva ante el invasor; así que la historia fue dura con él.

Por ejemplo, "Cervantes de Salazar y Francisco Monterde inventaron que Moctezuma nació bajo un mal signo y que toda su vida vivió angustiado porque se le había augurado que iba a perder su gobierno"⁵; no obstante, Pablo Moctezuma apunta que aunque entre los mexicas al nacer un niño los sacerdotes consultaban el *tonalpouhque* (especie de carta astral) y realizaban un estudio astrológico con base en el cual

⁴ Pablo Moctezuma Barragán cita al historiador Ignacio Romero Vargas Yturbide quien da testimonio de lo constructivo que resultó el gobierno de Moctezuma, ya que depuso a los funcionarios que habían logrado su puesto por su riqueza u otro tipo de privilegios, y puso en su lugar a aquellos que por su educación, méritos y tradición familiar eran más dignos de ocupar dichos cargos. Exigió educación obligatoria a todos los miembros de su sociedad, emprendió obras de beneficencia colectiva como hospitales y orfanatorios y promovió el apoyo social a los ancianos (Ignacio Romero Vargas Yturbide), *Moctezuma el magnífico*. TI. Romero Vargas y Blasco editores. México, 1964, pp.68 *et seq.*, cit en Pablo Moctezuma, *Moctezuma y el Anáhuac. Una visión mexicana*, México, Noriega editores, 1996, pp. 67-102.

⁵ *Ibid.*, p. 71.

determinaban temperamento y carácter del futuro ciudadano, no es posible saber cuál fue el resultado en el caso del tlatoani porque todas las personas que conocían sus secretos murieron durante la invasión española.

Particularmente importante en la vida de Moctezuma fue la madre que le tocó en suerte, ella era hija de Nezahualcóyotl, por lo que tuvo una esmerada educación que le transmitió al pequeño, quien supo de sus tradiciones, leyendas, y hechos heroicos de sus antepasados. A los 10 años empezó a estudiar en el Calmecac, donde lo instruían en religión, historia, pintura, música, derecho, astrología y en el empleo de un lenguaje refinado.

Realmente Moctezuma tuvo méritos considerables como gobernante de Anáhuac, confederación a la que se anexaron 44 pueblos durante su reinado, la mayoría de los cuales lo hicieron, a decir de Pablo Moctezuma, de forma pacífica; además este autor aclara que “cabe recordar que las guerras que desataban los mexicas no eran de exterminio, buscaban que se incorporara un mayor número de pueblos y naciones a la Confederación, a la que debían pagar un tributo”; pero de acuerdo con diversos historiadores a quienes el cita, “en su tiempo (gobierno de Moctezuma) no hubo tiranía al respecto”.⁶

No obstante las virtudes que se testimonian respecto a tal gobernante, este “permitió” la entrada de los conquistadores españoles, mientras Cuauhtémoc luchó hasta la muerte por vencerlos. David Brading señala que el patriotismo criollo, que empezó como una articulación de la identidad social de los españoles americanos, se transmutaba en la ideología insurgente del nacionalismo mexicano, e “Hidalgo y Cuauhtémoc quedaron así unidos en la lucha común contra el enemigo español”⁷.

⁶ V. *ibid.*, p. 87.

⁷ David Brading, *Mito y profecía en la historia de México*, trad. Tomás Segovia, México, Vuelta, 1988, p. 90.

Para muestra un botón. Francisco Javier Clavijero se refiere a la prisión de Moctezuma en su propio palacio, y a la manera cómo departía con los españoles jugando con el propio Cortés o con Alvarado, y comenta que en una ocasión perdió cuarenta pedazos de oro en bruto, pero añade: “Así disipan fácilmente sus riquezas los que las han adquirido sin fatiga”⁸.

Más adelante se refiere a que Cortés, viendo las muestras de entreguismo del monarca, le permitió salir cuando quisiera a divertirse con la caza, a lo que Clavijero comenta: “no rehusó aquel envilecido monarca [tal] uso miserable de su libertad”. Habla de un Moctezuma que entregó a varios de sus amigos y parientes a los conquistadores, y del obsequio que hizo a éstos del tesoro de su padre, Axayacatl.

Apunta después este historiador que, movido Moctezuma por las exigencias y súplicas de sus súbditos para que echara de su lado a los españoles, avergonzado por la cobardía que se le echaba en cara, y enternecido al ver la desgracia de su sobrino *Cacamatzin* y la de su hermano *Cuiclahuatzin*, se disponía a pedir a los españoles que saliesen de su castillo; pero añade el siguiente comentario: “Algunos escritores, demasiado fáciles en creer sucesos maravillosos, dicen que el demonio se apareció al rey amenazándolo con los males que haría a su persona y a su reino, si sufría más tiempo a los españoles, y prometiéndole, si los arrojaba, perpetuar en su familia la corona de México y prodigar las venturas a sus súbditos.”⁹

Cortés tuvo que salir ciertamente, pero a combatir a Narváez quien, aconsejado por tres desertores de su ejército, había desembarcado en las costas de Cempoala. Moctezuma, dice Clavijero, “[...] mandó proveer abundantemente de víveres y de carga [al cabecilla hispano] para la conducción del bagaje, y lo despidió con la mayor amabilidad”.¹⁰

⁸ Fco Javier Clavijero, *Historia antigua de México*, t.I, trad. J. Joaquín de Mora, Editorial Nacional, s.f., (Clásicos de la historia de América) p. 184.

⁹ *Ibid.*, p. 195.

¹⁰ *Ibid.*, p. 199.

Después de la matanza que Alvarado y su ejército llevaron a cabo mientras se celebraba la fiesta de la incienización de Huitzilopochtli, en ausencia de Cortés, los indígenas identificaron claramente a los españoles como sus enemigos y atacaron duramente el palacio tratando de rescatar a su rey allí prisionero, y no hubiera quedado un solo español con vida, según Clavijero, si no se hubiera “mostrado el rey al tropel de combatientes y refrenado con su autoridad el furor que los animaba”¹¹.

La plebe, no obstante, sitió a los españoles y los atacaba con piedras y flechas, hasta que Narváez mandó llamar a Cortés con un mensajero, y éste regresó con más de mil de sus soldados y dos mil tlaxcaltecas. Como el sitio y las agresiones continuaran, habló con Moctezuma y le prometió retirarse si el calmaba a su gente. Cuando el monarca, con toda su investidura, salió a pedirle a su pueblo que cesaran sus ataques, un hombre alzó la voz para llamar al rey cobarde, afeminado y más digno de manejar el uso y la rueca, que de gobernar una nación tan valerosa como la mexicana. A pie de página Clavijero señala que el padre Acosta “dice que el mexicano que dirigió aquellas injurias fue Cuauhtemozin, su sobrino, pero yo no lo creo”¹² aclara el historiador, sin explicar el porqué.

Además, quien profirió las injurias tomó un arco y disparó una flecha al monarca, acto seguido le llovieron otras, además de insultos y pedradas; poco tiempo después murió Moctezuma. Clavijero no asegura si fue a causa de las agresiones recibidas por su propio pueblo o lo mataron los españoles; sí señala, en su repaso de los rasgos de personalidad de Moctezuma: “En su juventud fue animoso y dado a la guerra, habiendo quedado victorioso según dicen, en nueve batallas, pero en los últimos años de su reinado los placeres domésticos, la fama de las primeras victorias de los españoles, y, sobre todo, los errores de la superstición, habían degradado de tal

¹¹ *Ibid.*, p. 202.

¹² *Ibid.*, p. 207.

manera su ánimo, que parecía haber mudado de sexo, como decían sus súbditos”.¹³

Muy diferente es el concepto en que este historiador tiene a Cuauhtémoc. Se refiere a su dignidad al enfrentar la derrota y cita así lo que le dijo a Cortés cuando lo hizo acudir ante él: “Valiente general, he hecho en mi defensa y en la de mis súbditos cuanto exigían de mí el honor de mi corona y el amor de mis pueblos; pero los dioses han sido contrarios a mi resolución, y ahora me veo sin corona y sin libertad. Soy vuestro prisionero: disponed como gustéis de mi persona; y poniendo la mano en un puñal que Cortés llevaba en la cintura, “quitadme añadió, la vida con este puñal, ya que no he sabido perderla en defensa de mi pueblo”.

Hace ver de esta manera Clavijero a Cuauhtémoc como un hombre valiente, honesto y digno. Más adelante este historiador alude a la muerte heroica del tlatoani: “El rey de México, a pesar de las magníficas promesas del general español, fue, después de algunos días, puesto ignominiosamente en la tortura, que soportó con invicta constancia, para obligarlo a declarar donde estaban ocultas las inmensas riquezas de la corte y de los templos, y de allí a tres años murió ahorcado por ciertas sospechas, juntamente con los reyes de Texcoco y de Tlacopan.” El valiente Cuauhtémoc soportó la tortura y no cedió; mientras Moctezuma aparece en la relación de Clavijero como obsequioso y sumiso ante el invasor.

Claro que la mentalidad de este historiador era la de un criollo, hijo de un servidor de la corona peninsular, por lo que acaba justificando que la ruina en que quedaron los mexicanos después de ser totalmente sometidos por los conquistadores, se debió a que Dios castigó “[...] en la miserable posteridad de aquellos pueblos, la injusticia, la crueldad y la superstición de sus antepasados: ¡horrible ejemplo de la justicia divina y de la inestabilidad de los reinos de la tierra!”

¹³ *Ibid.*, p. 212.

La intención de generar héroes nacionales persistió a lo largo del siglo XIX. El gobierno de Comonfort decretó que en la Escuela Normal de Profesores se diera un curso especial sobre historias de héroes. En ese contexto, uno de los autores de libros didácticos de la época exaltaba así a los infantes: “niño que ahora comienzas a subir la pendiente de la vida, niño que tal vez mañana defenderás con la palabra o con tu brazo la integridad y el honor de la patria, al recorrer las páginas de este libro procura hacerlo con la convicción de imitar los nobles ejemplos que Guatimoc, Hidalgo, Juárez, te dan de heroísmo, amor a la patria y honradez.”¹⁴

A lo largo de la pasada centuria la figura de Cuauhtémoc se reforzó como símbolo de un nacionalismo vinculado a la religión católica, pero también de raíces prehispánicas. Al final del siglo XIX Cuauhtémoc había dejado de ser objeto de estudios eruditos, pero su nombre estaba popularizado...

lo adoptaron algunas sociedades literarias, la masonería lo incorporó a su santoral y lo usó con frecuencia para nombrar simbólicamente a los hijos de los masones; la revista *El hijo del Ahuizote* repartió litografías del monumento del tlatoani a sus suscriptores; la cervecería Cuauhtémoc de Monterrey envió una estatua del héroe a la exposición industrial de Chicago en 1893¹⁵, el Gobierno Mexicano adquirió en Nueva York un vapor llamado Cuauhtémoc destinado a ser usado, ¡oh ironía!, en la guerra contra los mayas, etc., etc.¹⁶

¹⁴ Josefina Vázquez, *Nacionalismo y educación en México*, 2ª ed., México, El Colegio de México, 1975, cit en Josefina García Quintana y otros, *Cuauhtémoc en el siglo XIX*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 1977, p. 49.

¹⁵ Se enviaron también a dicha exposición dos pinturas hechas para el evento: *El tormento de Cuauhtémoc*, de Leandro Izaguirre, y *Rendición de Cuauhtémoc*, de Joaquín Ramírez.

¹⁶ Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Guatimotzin, último emperador de México*, Imprenta de Juan R Navarro, México, 1853, p. 27.

Por su parte las asociaciones culturales de la época como la mutualista, la sociedad literaria Cuauhtémoc, y las Logias masonas, realizaban eventos tendientes a la exaltación del héroe; un esfuerzo importante en este sentido hizo también Vicente Riva Palacio en su papel de Ministro de Fomento, fue él quien se encargó de convocar para la realización de un monumento al héroe que quedó terminado en 1887, obra del escultor Miguel Noreña. Toda esta tarea ideologizante tenía el mismo propósito que la creación literaria inmersa en la poética, la filosofía y el aliento espiritual de elevados alcances.

En 1846 Gertrudis Gómez de Avellaneda, la poetisa cubana, publicó la novela histórica *Guatimotzin, último emperador de México*, estructurada en dos tomos que suman 174 páginas. En ella ambienta la historia de La Conquista y recrea la atmósfera de inseguridad y terror en que la vivieron los mexicanos. Se refiere al destierro de que Moctezuma hizo víctima a Cuauhtémoc, quien es calificado de valiente. A través de uno de los personajes se habla de Guatimotzin “como único que pudiera libertar al imperio de la esclavitud en que lo había sumido Moctezuma”¹⁷

Eduardo del Valle publicó en 1886 *Moctezuma. Poema en nueve cantos*, con prólogo de Ignacio Manuel Altamirano. Dicho texto introductorio es muy elocuente en relación con el tema sobre el que aquí reflexiono.

Lo primero que quiero señalar es que Altamirano reconoce a del Valle como un cercano seguidor del Romancero Nacional en el cual Guillermo Prieto canta a los héroes y narra las epopeyas de la Guerra de Independencia. Habla de ambas obras épicas como textos capaces de glorificar por sí solas tanto la antigua como la nueva nacionalidad mexicana.

Nada se prestaba a “la concepción épica [señala Altamirano] como la defensa de México por el último tlacatecutli, digno de parangonarse con los héroes más renombrados y más

¹⁷ V. I II.

asombrosos de que haya mención en la historia tanto de los tiempos pasados como de nuestros días”¹⁸.

Menciona que el héroe de los 75 días en que se mantuvo sitiada Tenochtitlan no fue Cortés, quien con armas superiores y con el apoyo de muchos aliados se tardó tantos días en someter a una población armada con palos, sino Cuauhtémoc...

el joven general que encontró un poder quebrantado en su prestigio por la cobardía y la imbecilidad de Moctezuma, que sí recogió la macana victoriosa de Cuitlahuac [...] que vio sin palidecer alzarse en su contra a mil pueblos enemigos, sedientos por agravios de que no era responsable, que midió la enorme superioridad de su enemigo y aun así lo espero resuelto [...] que no consultó a la esperanza sino al valor y al honor (*sic*) y que hasta el último instante, abandonado del cielo y de la tierra permaneció inquebrantable, firme, altivo, desdenguado, así para los efectos del enemigo, asombrado de tamaña grandeza, como para las amenazas del odio humillado y vengativo.¹⁹

Habla Altamirano de este héroe como el que resolvió defender su ciudad desamparada por todos. Él, dice, “se había encargado del poder cuando este se hallaba casi aniquilado, primero por la estupidez de Moctecuhzoma [...] Después por la muerte inesperada del valiente Cuitláhuac y luego, por los manejos de una facción intestina que trabajaba por la sumisión; que era el partido de los motecuhzomas, de los miedosos, de los que solo defienden las buenas causas cuando éstas son fuertes.”²⁰

Considera Altamirano a Cuauhtémoc más glorioso que el héroe homérico de Aquiles “porque como hijo de la realidad humana, tenía el cuerpo todo vulnerable, no presentó, sin em-

¹⁸ Eduardo del Valle, *Cuauhtémoc. Poema en nueve cantos*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Comercio, 1886.

¹⁹ *Ibid.*, p. XV.

²⁰ *Ibid.*, p. XXVI.

bargo, en su carácter moral ni un ápice que pudiera ser herido por la burla o el desprecio.”²¹

Altamirano califica el poema de Valle como una verdadera epopeya apegada exactamente a la historia, lo que no impide que tenga “todas las galas y encantos de la poesía”.

Narra del Valle en la parte de su poema que subtitula “Introducción” las vivencias de Moctezuma. Las previas a La Conquista, en aquella noche de insomnio en que oyó cantar un búho y siendo la fama que esto era señal de muerte segura...

Harto supersticioso Moctezuma
al escuchar el canto se doblaba,
y cual hoja del árbol sacudida
por el impulso de los vientos tiembla.²²

El poeta hace dialogar a Moctezuma con el fantasma de Ahuizotl, su predecesor en el trono, y éste le dice:

“Tú eres mi digno sucesor: tus hechos
dicen a grandes voces la excelencia
de tu reinado, que será en la historia
asombro de la gente venidera.

Tu pecho, empero, abriga los horrores
de honda superstición, que no te deja
desplegar el valor que necesitas
en esta santa y colosal empresa.

Óyeme pues ¡Oh grande Moctezuma!
de la superstición tu mente aleja,
y fuerte y decidido a la batalla
tus valientes ejército apresta”²³

²¹ *Ibid.*, p. XXIX.

²² *Ibid.*, p. 8.

²³ *Ibid.*, pp. 13-14.

La siguiente parte que precede a los nueve cantos que componen el poema, se subtitula “Invocación”, y en ella evoca del Valle así al último rey azteca:

¿Y qué pecho no late entusiasmado
al recordar de Cuauhtémoc la gloria
que como claro sol han conservado
las páginas eternas de la historia?

¿Quién no siente su espíritu inspirado
cuando los hechos trae a la memoria
del valeroso intrépido caudillo
que a México cubrió de inmortal brillo?²⁴

En sus nueve cantos el autor va refiriendo todos los acontecimientos históricos, seguramente consciente también del poder de la historia como disciplina imprescindible para la conformación de la identidad cultural. Desde la salida de Cortés a Zempoala y la matanza que entonces dirigió Alvarado, hasta el tormento de Cuauhtémoc por parte de los españoles para que informara la ubicación del tesoro de la corona mexicana, pasando por la muerte de Moctezuma, la proclamación de Cuitláhuac como emperador, la continuidad de los ataques por parte de Cortés y sus ejércitos, la jornada de la noche triste y el sacrificio de españoles en el Gran Teocalli ordenado por el nuevo tlatoani, la epidemia de viruela en Tenochtitlan y la muerte de Cuitláhuac debido al contagio, sus funerales y la proclamación de Cuauhtémoc como emperador de México, las campañas de los españoles en Texcoco y otras plazas, la defensa del pueblo mexicana y el sitio de Tenochtitlan.

Cuauhtémoc es siempre el valiente e intrépido guerrero, el dirigente dispuesto a morir por su pueblo, el hombre digno que lucha hasta el final. Así cuando Velásquez de León ataca a su gente...

²⁴ *Ibid.*, p. 26.

El bravo Cuauhtémoc no se acobarda:
a Velásquez observa, y el empuje,
tranquilo no, con ansiedad aguarda,
y cual toro salvaje fiero muge.
Pasa un instante, y al mirar que tarda
la esperada agresión, con ira ruge,
y obediente a su impulso denodado
contra Vélazquez marcha apresurado.²⁵

Me parece que dos los tres textos aquí mencionado es el último que voy a mencionar, aunque el escrito primero (1839), el de mayor aliento poético, aquel con que Ignacio Rodríguez Galván despertó a Guatimoczin en el Cerro de Chapultepec hacia 1839, realizando un esfuerzo pionero en relación con la tradición cuauhtémica.

En su poema *Profecía de Guatimoc*²⁶, Rodríguez Galván presenta, enraizado tanto en la tradición indígena como en la hispana, a un Cuauhtémoc que resucita luego de un temblor de tierra, a la manera de Jesucristo, para profetizar al poeta acerca de su vida futura y, en una imbricación de temporalidades, revisar con él la historia, el presente que vivían durante el santanismo, y el futuro que le esperaba a la nación mexicana con un conquistador que venía del norte (ya se había dado la independencia de Texas en 1836), más bárbaro y cruel que el español, al grado de invocar en una parte del poema: “¡Dónde Cortés está, dónde Alvarado!”.

Los mitos permiten comprender la historia, son, a decir de Paul Ricoeur, un símbolo desarrollado en forma de narración y, según este mismo autor, el símbolo se puede estudiar y comprender desde los siguientes puntos de vista:

²⁵ *Ibid.*, p. 85.

²⁶ Rodríguez Galván, Ignacio. *Obras*. T. II, Ed. facsimilar, prologado por Fernando Tola de Habich, México, UNAM, 1994, (Al siglo XIX, ida y regreso), pp. 617-630.

- Por relación de coherencia con los otros símbolos (fenomenología de la religión).
- Por relación a lo designado que es su verdad (hermenéutica).
- Por relación al ser que es su existencia (filosofía).²⁷

Como símbolo que es, el mito tiene un sentido primero o literal que remite a uno segundo que sólo se da en él, e incluso puede remitir a varios sentidos. Ricoeur, quien se ha ocupado de la exégesis bíblica, considera que el mal, sobre todo el mal moral o pecado, se menciona con miedo y por eso se cuenta en forma encubierta, a través de mitos; pero ¿cuál es el mito en la *Profecía de Guatimoc* y que mal o pecado se quiere encubrir por medio de él?

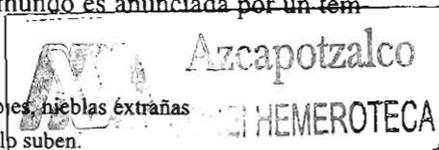
El mito es bíblico: se trata de la resurrección. Cuauhtémoc es invocado y vuelve de la región de los muertos, es un mesías que viene a revisar la historia junto con el poeta, con el fin de advertir al pueblo de México sobre los riesgos para el futuro. Lo autoriza la sacralización de la que lo reviste Rodríguez; pero también la validez que tiene repasar la historia, maestra que enseña a partir de la revisión de pasado y presente, lo que permite hacer predicciones.

Este mesías, a diferencia del Cristo cuya hazaña emula, es un personaje transhistórico en el que se funden dos tradiciones: la prehispánica, por tratarse de un tlatoani azteca; y la occidental por su carácter mesiánico.

Se trata de un mesías que por su defensa del desprotegido, del más débil, de aquel a quien auténticamente pertenecía el territorio que habitaba, recibe tortura y muerte por parte del poderoso abusivo; pero ni ésta le impide dejar a su pueblo el mensaje profético evangelizador, la advertencia que le permitirá una vida mejor. Ambos mesías (Cuauhtémoc y Cristo)

²⁷ Citado por Mauricio Beuchot. *Hermenéutica, lenguaje e inconsciente*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1989, p. 39.

resucitan y su vuelta a este mundo es anunciada por un temblor de tierra



Siento la tierra girar bajo mis pies, nieblas extrañas
mi vista ofuscan, y hasta el cielo suben.

Silencio reina por doquier, los campos,
los árboles, las aves, la natura,
la natura parece agonizante.

El ser que es existente y que da razón a la creación de un héroe como el que Rodríguez erige en el poema, es la naciente nación mexicana. Sin duda Rodríguez está consciente de su participación en el coro de voces que ayudaban, a través de la palabra, a construirla. Forma parte de una cultura en cuyo contexto es comprensible la producción de un texto como *Profecía*....

El ser existente que lo mueve y al que pretende mover, repito, es el pueblo de México que estaba integrando la nación en ciernes, y hay que decir que si bien el autor no pudo haber pensado que sería leído por los indígenas, si tuvo la intención de crear conciencia acerca de las condiciones en que vivía esta parte de la población cuyas tradiciones y héroes estaba exaltando.

Su propósito era fortalecer el surgimiento de una nación que dejaba de lado desde su origen, luego de consolidada la independencia en 1821, a la comunidad a la que originalmente pertenecían el territorio y todo lo que en él había, y que vivía discriminada a pesar de que sus integrantes ya habían sido reconocidos como miembros de derecho del naciente país; de tal manera que Rodríguez es también de los iniciadores de esta reflexión indigenista.

Cabe preguntarse ahora qué mal pretendía encubrir Rodríguez a través de este mito. El autor reniega en el fondo de las debilidades de malos gobernantes que habían puesto en riesgo la soberanía nacional: los de antes y los de ahora, confunde, en virtud de un trastocamiento temporal propio de la

poética a que se ceñía, a personajes sentados en sillas “no muy firmes”, que pudieran ser Moctezumas; pero que también pudieran ser Santa Annas, y amenazas al territorio nacional en las que estaban involucrados los españoles, pero también los norteamericanos.

Después de referirse indirectamente a los citados males encubriéndolos con el mito del retorno de Cuauhtémoc, el autor nos hace reflexionar: ¿ya vieron la historia?, pues cuidado porque el invasor del norte es tan peligroso que frente a él ya quisiéramos a Cortés y a Alvarado; pero advierte también a los invasores pasados, presentes y futuros, y lo hace a través de la profecía:

[...] El que del infeliz el llanto vierte,
amargo llanto verterá angustiado,
el que huella al endeble, será hollado;
el que la muerte da, recibe muerte;
y el que amasa su espléndida fortuna
con sangre de la víctima llorosa,
su sangre beberá si sed lo seca,
sus miembros comerá, si hambre lo acosa.

La tradición prehispánica se construye predominantemente con mitos, las profecías son más abundantes en la judeo-cristiana. La voz profética que Rodríguez Galván incluye en su poema toma aliento de uno y otra, de aquí el carácter sincrético del héroe que crea en el texto que se analiza, carácter que el autor consigue a través de este juego de espejos en los que se refleja el mundo judeo-cristiano, pero también el indígena.

Bibliografía

- BRADING, David, *Orígenes del nacionalismo mexicano*, 2ª ed., México, Era, 1988 (Problemas de México).
- _____. *Mito y profecía en la historia de México*, trad. Tomás Segovia, México, Vuelta, 1988.
- BEUCHOT, Mauricio. *Hermenéutica, lenguaje e inconsciente*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1989.
- CLAVIJERO, Francisco Javier, *Historia antigua de México*, t. I, trad. J. Joaquín de Mora, Editorial nacional, s.f., (Clásicos de la historia de América).
- GARCÍA QUINTANA, Josefina y otros, *Cuauhtémoc en el siglo XIX*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1977.
- GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis, *Guatimotzin, último emperador de México*, Imprenta de Juan R Navarro, México, 1853.
- MOCTEZUMA, Pablo, *Moctezuma y el Anáhuac. Una visión mexicana*, México, Noriega editores, 1996.
- RODRÍGUEZ GALVÁN, Ignacio. *Obras*. Ed. facsimilar, prologada por Fernando Tola de Habich, México, UNAM, 1994, 2 ts. (Al siglo XIX, ida y regreso).
- VALLE, Eduardo del, *Cuauhtémoc. Poema en nueve cantos*, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Comercio, 1886.
- VARELA BARRAZA, Hilda, *Cultura y resistencia cultural: una lectura política*, México, El caballito, SEP/Dirección General de Publicaciones (Biblioteca pedagógica).